

esteriliza la vida? No; la religión verdadera embellece la existencia y tú mismo serías cien veces más feliz si ella dominase el mundo como lo señorea Roma.» Calló Pablo, y Petronio, anonadado por el discurso del Apostol, se encogió de hombros y respondió: «No se ha hecho para mí tal religión». Y, aparentando caerse de sueño, salió, añadiendo: «Prefiero mi doctrina ¡oh, judío!; pero no pretendo medir mis fuerzas con las tuyas en el arte oratoria.»

Yo escuchaba en silencio á Pablo, recogiendo con avidez todas sus palabras; y cuando habló de las mujeres cristianas me adherí con más entusiasmo á una doctrina cuyas máximas nutrieron tu inteligencia en la niñez. Ella fortalece mi amor y por ella tengo la convicción inquebrantable de que no encontrará escollos nuestra felicidad conyugal. ¡Ah, si! nos iremos lejos de Roma para que ni siquiera pueda turbarla el vaho de la corrupción.

—Sí, Marco—exclamó Ligia.—Me escribiste que tenias una propiedad en Sicilia... Los Aulo desean pasar en aquella isla los últimos años de su vida.

—Es verdad, amada mia—interrumpió Vinicio con júbilo.—Nuestras tierras confinan con las de Aulo; la naturaleza tiene allí un encanto indecible; el clima es benigno, las noches serenas; la fragancia de las flores convida á vivir. ¡Ah! Cuán apacible y dichosa se deslizará allá nuestra existencia. Olvidaremos todas nuestras amarguras, iremos juntos á descansar á la sombra de los bosques de olivos. ¡Cuán felices seremos, oh, Ligia! Amarnos, contemplar juntos el mar, el cielo, elevar nuestras plegarias á Dios, dispensar el bien y propagar la verdad: ¿puede gozarse de una dicha mayor sobre la tierra?...

En aquella parte de la población, habitada exclusivamente por obreros, todo dormía ya, y ni el menor ruido turbaba la quietud de la noche.

—¿Y me permitirás ver á Pomponia?—preguntó Ligia.

—Si, amada mia. Les invitaremos á venir á nuestra casa é iremos nosotros con frecuencia á la suya. ¡Oh! Y si el Apóstol Pedro quisiera venirse allá, ¡qué dicha oírle todos los días! Acaso lo consiguiéramos con nuestros ruegos, porque el pobre es ya muy viejo y le tienen rendido las fatigas. Pablo podría ir á vernos y conducir también á Aulo Plaucio por el camino de la verdad. Así como los soldados fundan colonias en países lejanos, fundaremos nosotros una colonia cristiana.

De pronto se oyó un espantoso rugido, profundo, cavernoso, que parecía salir de las entrañas de la tierra. Un calofrío recorrió todo el cuerpo de Ligia. Vinicio se levantó y dijo:

—Son los leones que rugen en los *vivarios* (1).

Pusieron oído atento. Al primer rugido respondió otro, y luego otro, y otros cien en diversos puntos de la Ciudad. Había en ésta, á veces, encerrados en las jaulas de los diversos circos, millares de leones que de noche expresaban, con aquella su manera peculiar de lamentarse, la nostalgia del desierto. Esto acontecía á la sazón. En medio de la solemne quietud se transmitían las fieras sus ansias de libertad, llenando de rugidos los ámbitos de Roma.

Ligia escuchaba temblando aquel terrible concierto que había turbado sus ensueños de felicidad y sonaba como una amenaza.

—No temas—le dijo Vinicio.—Se preparan espectáculos circensés y están los *vivarios* llenos de leones.

Entraron en la casa. Los rugidos iban en aumento y á cada instante se hacían más espantosos.

IV

En Ancio, Petronio conseguía diarias victorias sobre los augustales que se disputaban el favor del César. Tigelino había perdido casi por completo su influencia. En Roma, donde era preciso quitar de en medio á las personas por cualquier motivo peligrosas, confiscar sus bienes, resolver asuntos de interés público, organizar espectáculos ó satisfacer los monstruosos caprichos de Nerón, Tigelino, hombre astuto, rastrero, de pocos escrúpulos, era indispensable. Pero en Ancio el César se hallaba entregado á las delicias de una vida puramente helénica. De la mañana á la noche se recitaban versos, discutíase sobre su estructura, admirábanse los de forma más perfecta, se

(1) Lugar donde se guardaban vivos todo género de animales cuadrúpedos ó aves, peces, etc., para recreo ó para vender. Se pudiera haber traducido esta palabra, y en este caso con propiedad, por *leонера* ó por *lago de leones*; pero hemos preferido conservar la latina porque con ella el autor se refiere con frecuencia, no á los lugares donde estaban encerrados únicamente los leones, sino á los en que se guardaban toda clase de animales feroces destinados á los juegos del Circo.

rendía tributo á la música, al arte escénico, á cuanto inventó el genio griego para embellecer la existencia. Con tal género de vida, nada tenía de extraño que privara Petronio, mucho más instruido que Tigelino y los demás augustales é incomparablemente superior en agudeza, elocuencia, discreción y buen gusto. Buscaba Nerón con solicitud su compañía, atendía sus consejos en la composición de los versos y recompensábale con una amistad sincera y cordial.

Convencidos los cortesanos de que Petronio había allanado todos los obstáculos para congraciarse con el César y de que su valimiento quedaba asegurado por muchos años, hasta aquellos que habían mostrado su desafecto al elegante epicúreo solicitaban ahora su favor, y muchos manifestaban llanamente su satisfacción de que semejante poder hubiese ido á parar á manos de un hombre que, si bien acogía con sonrisa irónica las adulaciones de sus enemigos de la vispera, por indolencia y por cierta delicadeza de alma, hija de su noble sentimiento estético, era incapaz de apelar á la venganza y hasta de abusar de su influencia en daño ajeno. En ciertos momentos habría podido perder al mismo Tigelino; pero prefería poner en ridículo su ignorancia y su sandez. El Senado respiraba con desahogo porque había transcurrido un mes y medio sin dictar Nerón una sentencia de muerte. En Ancio, lo mismo que en Roma, se referían cosas estupendas acerca de la vida licenciosa del César y su nuevo valido; pero, al fin y al cabo, todos preferían verse gobernados por el Nerón lascivo y encenagado en los vicios, que por el Nerón déspota, sanguinario, brutal de que era genuino representante y hechura Tigelino.

La singular astucia de Petronio constituía á los ojos de los cortesanos segura prenda de que era indestructible su privanza, porque bien se echaba de ver que con ningún otro augustal podía departir Nerón sobre poesía y música; en ninguna otra mirada descubrir si eran sus obras dignas ó indignas de alabanza. Petronio, por su parte, no parecía dar importancia alguna á su privilegiada posición; continuaba mostrándose como siempre, indolente, irónico, escéptico. A veces, los que le rodeaban adquirían la convicción de que se mofaba de ellos, de sí mismo, del César y de todo lo existente. Llegaba su osadía á vituperar, cara á cara, á Nerón, desafiando sus iras; pero cuando los circunstantes sospechaban que había traspasado los límites de la prudencia y que su caída era in-

evitable, levantábase con arrogancia, sacaba ingeniosamente partido de las censuras en provecho propio, acabando por obtener en definitiva tan brillante triunfo que ganábase todavía más el afecto del Emperador.

En cierta ocasión, pasados ocho días del regreso de Vinicio, el César leía entre un reducido número de augustales un pasaje de su *Toma de Troya*. Terminada la lectura entre las rumorosas manifestaciones de entusiasmo, Petronio, invitado por una mirada de Nerón á dar su dictamen, dijo:

—Estos versos son muy malos. Hay que arrojarlos al fuego.

Los demás augustales quedaron aterrorizados. Jamás Nerón había oído de boca alguna fallo tan inexorable.

El gozo se pintó en el semblante de Tigelino. En cambio Vinicio palideció, pensando que Petronio, no obstante su sobriedad, se había embriagado. Nerón preguntó con voz dulce, en la cual, sin embargo, vibraba el amor propio ofendido:

—¿De modo que te parecen malos mis versos?...

—No les hagas caso...—contestó Petronio señalando con un ademán á los demás augustales.—Esoş no entienden una palabra en achaques de poesia. ¿Quieres saber por qué son malos tus versos? ¿Quieres que se te diga la verdad?... Pues bien; esos versos son dignos de Virgilio, de Ovidio y hasta de Homero; mas no de tí. Nerón tiene el deber de escribirlos mejores. El incendio que describes no llamea, no arde lo suficiente. No des oídos á los elogios de Lucano. Si fuesen suyos tales versos, diría que es un genio; pero tu eres un ser superior. Cuando se poseen las dotes que los dioses te han concedido á manos llenas, hay derecho á exigir algo más. Te has vuelto perezoso, César, y duermes la siesta cuando debieras trabajar sin tregua ni descanso. Estás en condiciones de producir una obra insólita, una obra que suspenda y maraville á todos los humanos. Por esto te digo resueltamente: escribe versos mejores ¡oh, César!

Hablaba Petronio cual si no diese importancia á sus palabras, con cierta negligencia zumbona y severa al mismo tiempo. El júbilo humedecía los ojos de Nerón.

—Los dioses — dijo al cabo — me otorgaron algún talento; pero todavía me concedieron un don más precioso: un amigo sincero é inteligente que se atreve á decirme la verdad.

Y, cogiendo con su mano cubierta de vello rojo un candela-bro de oro, hizo ademán de quemar sus versos.

Petronio se apresuró á quitárselos para salvarlos de las llamas.

— ¡No, no! — le dijo; — aunque indignos de ti, estos versos pertenecen á la humanidad. ¡Dámelos!

— Permíteme, pues, que te los regale encerrados en un cofrecito cincelado por mí — dijo Nerón estrechándole contra su pecho.

Después prosiguió:

— Si, tienes razón. Mi incendio de Troya no llamea bastante; no arde como debiera. Imaginé que habia cumplido mi deber rivalizando con Homero. He desconfiado siempre de mi talento. La modestia es uno de mis más graves defectos. Pero tú me has abierto los ojos. ¿Sabes por qué me han salido tan malos estos versos?... Cuando, por ejemplo, un escultor quiere labrar la estatua de un dios, lo primero que hace es procurarse un modelo... ¡yo no tengo este modelo!... no he visto nunca una ciudad devorada por las llamas y, naturalmente, no puede haber fidelidad en la descripción.

— Sin duda hay que ser un gran artista para hacer lo que tú has hecho...

Nerón estuvo un momento pensativo y preguntó al fin:

— Dime, Petronio: ¿te pesa que las llamas destruyeran á Troya?

— ¿Si me pesa?... ¿á mí?... Por el cojo marido de Venus, te juro que no. Ciertamente Troya no hubiese sido devorada por las llamas á no entregar Prometeo el fuego á los mortales y á no haber declarado los griegos la guerra á Priamo. Pero sin el fuego, Esquilo no hubiera escrito su *Prometeo*, y sin la guerra, Homero no nos legara la *Iliada*. Y tengo en más la existencia de la *Iliada* y del *Prometeo* que la de una ciudad, probablemente sucia y miserable, que gobernaría actualmente un delegado imperial, enredado en interminables cuestiones con el Areópago.

— ¡Esto es hablar con discreción! — dijo el César. — Hay que sacrificarlo todo á la poesía y al arte. ¡Dichosos los aqueos que dieron á Homero el asunto de la *Iliada*! y ¡dichoso mil veces Priamo, que consiguió ver la destrucción de su patria! En cambio yo... ¡yo no he visto jamás una ciudad consumida por las llamas!

Tigelino, interrumpiendo el silencio que siguió á las palabras de Nerón, exclamó:

— Varias veces te lo he dicho, César. Ordénamelo y prendo fuego á Ancio en un abrir y cerrar de ojos. Si te ha de pesar la destrucción de estos palacios y de estas quintas, incendiaré los buques anclados en Ostia ó haré construir en los Montes Albanos una ciudad de madera, á la que pegarás fuego con tu propia mano. ¿Quieres?...

Nerón le midió de pies á cabeza con una mirada despreciativa:

— ¿Contemplar yo como arden cuatro barracas de madera?... Tu inteligencia se vá desmedrando, Tigelino, y observo que tienes en poco aprecio mi talento y mi *Toma de Troya*, puesto que los juzgas indignos de un sacrificio mayor.

Tigelino se turbó hondamente, y el César, fingiendo cambiar de conversación, añadió:

— El verano se nos echa encima... Roma continuará hediendo con su aire emponzoñado, y sin embargo será preciso volver allá para los juegos estivales...

Le interrumpió Tigelino con estas palabras:

— César, cuando hayas despedido á los augustales, concédeme la gracia de quedar un momento á solas contigo.

Una hora después Vinicio, de regreso á su casa en compañía de Petronio, le decia á éste:

— Me has hecho pasar un mal rato. Creí que estabas ebrio y que ibas á perderte irremisiblemente. No te das cuenta de que juegas con la muerte.

— Esta es mi arena — contestó con negligencia Petronio — y me complazco en demostrar que soy el mejor de los gladiadores. Ya has visto el fin de la aventura... Mi influencia se ha consolidado esta noche... Nerón me enviará sus versos en un cofrecito, á buen seguro tan digno de aprecio por su riqueza como detestable por su gusto; diré á mi médico que encierre en él los purgantes... Otro objeto me propuse: en vista del éxito alcanzado querrá imitarme Tigelino, y excuso decirte lo que ocurrirá cuando pretenda distinguirse por la agudeza de ingenio: ¡un oso de los Pirineos bailando! Si yo quisiera podría perder á ese majadero y ocupar su puesto de Prefecto del Pretorio. No he de añadirte que entonces sería dueño del propio *Barbarroja*. Pero no me trae cuenta... Serian demasiados quebraderos de cabeza para mí. Prefiero la vida que llevo... y hasta los versos del César.

— ¡Qué destreza en convertir la chanza en adulación! ¿De veras son malos aquellos versos? Yo no entiendo de eso.

—No son peores que los otros que ha escrito. Ciertamente, Lucano tiene más talento en la uña de su dedo meñique que él en la mollera. Pero no hay duda de que *Barbarroja* posee alguna cualidad poco común. Así, no hay que negarle una desenfadada pasión por la poesía y por la música... Dentro de dos días tendremos que oírle un himno en honor de Afrodita. Está dando ahora la última mano á la música. Seremos pocos los invitados: Tulio Senección, Nerva el joven, tú y yo... En cuanto á los versos... ya te dije que los utilizo para conseguir el mismo objeto que logran algunos, después de un banquete, metiéndose plumas de faisán impregnadas de aceite en la garganta; pero no estuve justo. En algunos hay fluidez... cierta elocuencia... Las lamentaciones de Hécuba, por ejemplo, son realmente conmovedoras... Puedes creer que á veces me da compasión... ¡Qué extraña mezcla de ideas y sentimientos la de ese hombre!... Caligula era un desequilibrado; pero Nerón es un verdadero monstruo.

—¿Quién puede calcular adonde llegará con sus locuras?— exclamó Vinicio.

—Nadie. Puede aún inventar cosas de las que se horripilan las futuras generaciones... Pero después de todo, esto es muy interesante. Aunque á veces me aburra, como Júpiter Ammón en el desierto, paréceme que me fastidiaría aún más con otro César... Tu judío Pablo es elocuente, no lo niego; y si se afilia á la nueva religión muchas personas de su valer, no dudo que nuestros dioses correrán pronto el riesgo de ser relegados al olvido. Hay que confesar asimismo que si Nerón fuese cristiano estaríamos más tranquilos; pero tu profeta de Tarso olvidaba, al hacerme esta consideración, que precisamente en la incertidumbre del porvenir hallo yo el goce supremo de la vida. Quien juega á los dados, naturalmente, se expone á perder en este juego su fortuna; y, sin embargo, son muchos los que juegan á los dados. En perder ó en arriesgar aquello que se posee hay también cierto deleite y he conocido hijos de patricios y aún de senadores que voluntariamente, por mero capricho, han adoptado la profesión de gladiador. Dices que juego con la muerte, y es cierto que juego, pues me divierto; mientras que vuestras virtudes cristianas me fastidiarían como me fastidian las disertaciones de Séneca. Por este motivo no produjo ningún efecto en mí la elocuencia de Pablo. Debiera haber comprendido que hombres como yo jamás seguirán su doctrina... Por lo que res-

pecta á ti, ya es otra cosa. Con tu carácter, te hallabas en condiciones, ó de convertirte al Cristianismo, ó de odiar este nombre y lo que representa como la peste. Confieso que tienen razón los cristianos; pero cuando reflexiono sobre su doctrina me entra sueño. Que existe algo ignoto que viene á nuestro encuentro; que algo cruge y se hunde bajo nuestros pies; que corremos al precipicio; que algo muere á nuestro lado... de acuerdo, Vinicio. Pero nosotros sabemos morir, sin que tengamos el triste valor de poner un freno á nuestra vida, ni el de convertirnos en esclavos de la muerte antes que ésta llegue á tocarnos con sus frías manos. La vida subsiste por sí misma, no por virtud de la muerte.

—Te compadezco, Petronio.

—No me compadezcas más de lo que yo mismo me compadezco. No ha mucho que te encontrabas muy bien, participando de nuestro género de vida, y en Armenia echabas de menos á Roma.

—También ahora.

—¡Sí! .. porque estás prendado de una vestal cristiana que se halla al otro lado del Tiber... Ni me asombro, ni me chanco. Pero si me admira que á pesar de haber abrazado esa doctrina, la cual, según dices, es un mar de felicidad; á pesar del amor que te hinche el corazón y que pronto terminará en boda, tengas siempre fúnebre el semblante. Desde el momento en que te hiciste cristiano dejaste de sonreír. No te empeñes, pues, en convencerme de que es alegre esa religión. De Roma has vuelto aún más triste. Si este es el amor cristiano, juro por la cabellera de Baco que no serán vuestras huellas las que yo siga.

—Es muy otra cosa; y te juro, no por la cabellera de Baco, sino por el alma de mi padre, que jamás he experimentado una felicidad como la que ahora me embarga... Me atormenta, sí, desde que estoy ausente de Ligia, y no atino en la razón, la idea de que la amenaza una inminente desgracia. No sé en que pueda ésta consistir, ni de donde vendrá; pero la presiento como se presiente una tormenta.

—No te apures. Dentro de dos días procuraré obtener la venia del César para que puedas ausentarte de Ancio por el tiempo que bien te parezca.

—Pablo afirma que á veces Dios nos anuncia con inequivocas señales los sucesos favorables ó adversos; mas prohíbe

creer en los presagios. Con todo, en vano trato yo de ahogar el presentimiento que me martiriza desde hace algunos días. Quiero explicarte el hecho, aunque no sea sino para desahogar mi corazón. Estábamos sentados Ligia y yo en el jardín de Lino, en una noche espléndida como ésta, soñando en el porvenir. De pronto rugieron los leones. Ya ves, una cosa tan corriente y natural en Roma... Y, sin embargo, desde aquel instante no vivo tranquilo. Veo en este accidente una amenaza, un augurio de desventuras. Bien sabes tú si yo soy medroso; no obstante, fui entonces presa del terror, y en el fondo de mi corazón siento siempre aquel rugido y tiemblo como si Ligia necesitase de mi protección para defenderse contra un no sé qué horrendo y espantoso... quizás contra aquellos mismos leones. Consigueme, pues, en seguida licencia para partir si no quieres que parta sin ella. ¡No puedo, no puedo permanecer aquí por más tiempo!

—No hemos llegado—dijo Petronio echándose á reír—á tal grado de envilecimiento que sean arrojados á los leones los hijos de los cónsules y sus mujeres. A otro género de muerte se os puede condenar, no hay duda; mas no al de ser despedazados por las fieras. Por otro lado, ¡quién sabe si realmente eran leones! Tienen un rugido muy semejante los búfalos germanos. Por lo que á mí atañe, me rio de los presentimientos. La noche de ayer, apacible y tibia, nos ofreció el espectáculo de una lluvia de estrellas. Muchos se conturbaron al contemplarlo. Yo pensé: «Si la mía está entre las que caen iré al menos en buena y numerosa compañía.» Además, si resucitó vuestro Cristo, bien os podrá salvar á los dos de la muerte.

—Puede hacerlo—contestó Vinicio levantando los ojos á la bóveda celeste tachonada de estrellas.

V

Nerón cantaba, acompañándose con la citara, un himno por él compuesto en honor de Ciprea. Estaba aquel día en voz, y, advirtiendo que realmente tenía suspenso y fascinado al auditorio con su canto, cobró tales alientos, sintióse tan profundamente conmovido, que vibraba su voz como si realmente estuviese inspirado. Al terminar, palideció, presa de sincera

emoción. Por primera vez en su vida no quiso oír los elogios del concurso. Permaneció sentado un buen rato, absorto, con la mano apoyada en la citara. De repente se levantó y dijo:

—Estoy cansado y tengo necesidad de respirar el aire puro. Templad, mientras tanto, la citara.

Y, arrollándose al cuello un pañuelo de seda, volvióse á Petronio y á Vinicio y les dijo:

—Venid conmigo. Tú, Vinicio, deja que me apoye en tu brazo, pues estoy rendido. Petronio me hablará de música.

Salieron á la terraza del palacio, embaldosada de alabastro.

—Aquí se respira más á gusto...—dijo.—Estoy inquieto y triste, aunque comprendo que bien puedo cantar en público con la seguridad de alcanzar el mayor triunfo que jamás obtuvo romano alguno, á juzgar por lo que os he cantado hoy por vía de ensayo.

—Puedes cantar aquí, en Roma y en Acaya—contestó Petronio.—Yo te he escuchado con verdadero arrobamiento, divino César.

—Lo sé. Eres demasiado perezoso para tomarte la molestia de adular; sincero como Tulio Senección, entiendes más que él en achaques de música. Bien y ¿qué te ha parecido el himno?

—Cuando escucho tus versos, César, cuando te veo guiar un carro en el circo, cuando contemplo una hermosa estatua, un magnífico templo ó un bien pintado cuadro, en mi admiración se encierran todos los goces, siempre limitados, que estas obras artísticas pueden dar de sí. Pero al oír buena música, especialmente la tuya, descubro continuamente nuevas bellezas, saborea mi alma delicias sin cuento, corro tras ellas, las alcanzo, pero apenas me deleito con una, otra arranca el vuelo, y otras cien pasan raudas ante mis sentidos en éxtasis y se persiguen como las olas, hasta el infinito. Para condensar mis ideas en una sola frase, te diré que la música es como el mar: desde una playa contemplamos la inmensa extensión de las aguas, sin que nos sea permitido ver la orilla opuesta...

Pasaron buen trecho en profundo silencio sólo turbado por el levisimo crujir de la alfombra de azafrán bajo la presión de los pies.

—Has interpretado con fidelidad mi pensamiento—dijo al cabo Nerón—y repito que eres la única persona capaz de comprenderme. Sí, esta es mi opinión sobre la música. Cuando toco ó canto percibo cosas cuya existencia en mi imperio, en

el universo, ni siquiera jamás he sospechado. Soy César, es cierto; me pertenece el mundo; todo lo puedo, y, no obstante, la música me hace descubrir regiones ignotas, mares jamás surcados, regiones fantásticas, deleites nunca saboreados; presiento los dioses, subo al Olimpo, un aura no terrena acaricia mi frente... veo como á través de una niebla los vagos contornos de gigantescas figuras serenas y esplendorosas... todas las esferas ruedan en torno mio produciendo suavísima armonía... y te confieso...—aquí su voz sonó trémula como si la comoviera profundo estupor—que yo, César y dios, me siento entonces tan deleznable é insignificante como un grano de arena... ¿Querrás creerlo?...

— ¡Y cómo no! Los grandes artistas son precisamente los que se sienten pequeños y anonadados ante las obras de arte.

—Esta es la noche de las confidencias y te abro mi corazón porque eres el mejor de mis amigos. ¿Imaginas, por ventura, que ignoro el contenido de las inscripciones que trazan en los muros de Roma los que me odian? ¿Piensas que no sé que me llaman asesino, matricida, uxoricida (1); que me tienen por un mónstruo, por un verdugo, sólo porque Tigelino me ha arrancado algunas sentencias de muerte contra mis enemigos?... Sí, Petronio; me creen un mónstruo de perversidad y lo sé yo .. y hay momentos en que no puedo menos de preguntarme: «¿Acaso no eres realmente cruel?...» Pero es que esas gentes no comprenden que pueden á veces los actos de un hombre ser abominables sin que él lo sea. Y nadie querrá persuadirse, tal vez, ni tú mismo, carísimo amigo, de que á menudo, cuando la música me extasia el alma, me siento bueno como un niño adormecido en la cuna. ¡Te juro, por las estrellas que brillan sobre nuestras cabezas, que no miento! Los hombres ignoran cuanta bondad hay en el fondo de este corazón, en el que yo mismo descubro inapreciables tesoros cuando la música levanta una punta del velo que lo cubre.

No ponía en duda Petronio que Nerón hablaba sinceramente

(1) Aunque esta palabra no está admitida por el Diccionario de la Academia ni por el uso, pues al que mata á su esposa se le llama *parricida*, la empleamos aquí porque la extensión del significado de ésta podría dar margen á confusiones, é indudablemente produciría un extraño efecto. Esto aparte de que, con la introducción de la primera nos parece que la lengua castellana saldría ganando.

y que, en efecto, la música conmovía la parte noble de su alma oculta bajo montones de egoísmo y de perversidad.

—Para apreciarte en tu justo valor fuera preciso que te conocieran como te conozco yo —dijole después de breve pausa.

—Jamás Roma sabrá comprenderte.

El César se apoyó con más fuerza en el brazo de Vinicio, como si se doblara al peso de la injusticia, murmurando:

—Me ha dicho Tigelino que en el Senado se pretende que Diodoro y Terpnos tocan la citara mejor que yo. Tú, que siempre me dices la verdad, contéstame con franqueza: ¿tocan mejor que yo... ó siquiera como yo?

—¡En modo alguno! Tú pulsas las cuerdas con mayor delicadeza y al mismo tiempo con más vigor. En tí se ve al artista; ellos no pasan de ser dos hábiles ejecutantes; basta oír las primeras notas para saber si quien toca eres tú.

—Siendo así... que vivan. Jamás sospecharán el servicio que acabas de prestarles. Después de todo, si les condenase á muerte habría que buscarles sustitutos.

—Y además la gente diría que por amor á la música exterminas á los músicos. No, divino; no mates el arte... por el arte.

— ¡Cuán poco te pareces á Tigelino! —susurró el César.—Pero ya lo ves: soy artista en todo. Y por lo mismo que la música abre á mi imaginación vastos horizontes, y me lleva á regiones cuya existencia nunca han sospechado los hombres, y me proporciona deleites jamás saboreados, no puedo vivir esa vida vulgar y ordinaria que satisface á los demás. La música me revela que existe lo sobrenatural y yo lo persigo con todos los medios del poder que los dioses me han otorgado. A veces me alienta la esperanza de alcanzar glorias inmarcesibles acometiendo altas empresas que á ningún mortal jamás se le ocurrieron. Es preciso traspasar el nivel común... en el bien ó en el mal, poco importa. Sé que me tratan de loco. No, no es locura lo que me impulsa á realizar ciertos actos: es que busco...

Aquí se interrumpió Nerón, y, bajando la voz para que no le oyese Vinicio, murmuró al oído de Petronio:

—¿Sabes por qué hice matar á mi mujer y á mi madre?... Sobre los umbrales del mundo desconocido quise realizar el mayor sacrificio de que es capaz un hombre, imaginando que después de esto se me abrirían las puertas de lo Ignoto... Poco importa que lo Ignoto sea mejor ó más horrendo de cuanto el

hombre pueda sospechar; lo esencial es que sea nuevo y grande... Hay que despreciar todo lo humano para ser única y exclusivamente poeta... Pero mi sacrificio fué insuficiente. Las puertas del Olimpo sólo se abren ante sacrificios mayores... ¡Acatemos las decisiones del Hado!

— ¿Qué te propones?...

— Ya verás... ya verás... y más pronto de lo que puedes imaginarte. Conténtate ahora con saber que existen dos Neronés: aquel á quien el mundo conoce, y el artista, aquel á quien sólo conoces tú, aquel que extermina como la muerte y á veces delira como Baco, porque detesta lo vulgar... ¡Ah!, quiero destruir esa vulgaridad, aunque para ello sea preciso apelar al hierro y al fuego. ¡Qué prosaico será el mundo cuando yo no exista! Nadie tiene conciencia clara, ni tú mismo, amigo mío, de cuán artística es mi naturaleza. Este es el motivo de mis torturas. Puedes creer que á veces mi alma se impregna de melancolía, como aquellos cipreses que se ven en lontananza. Es carga muy pesada la de poseer la más alta facultad creadora unida al más sólido talento...

— Te compadezco ¡oh, César! con toda el alma, y conmigo te compadece la tierra y los mares, sin excluir á Vinicio, que siente por tí un amor sin límites.

— Siempre he querido á Vinicio — manifestó Nerón — aunque sirve á Marte y no á las Musas.

Petronio aprovechó la ocasión para obtener la licencia que tanto deseaba su sobrino.

— Está enamorado — dijo — como lo estuvo Troilo de Clesidra, y es preciso que le concedas licencia para regresar á Roma si no quieres que se quede en los puros huesos. Has de saber que aquella muchacha que le diste ha sido encontrada y que Vinicio, al venir á Ancio, la confió á un tal Lino. No te hablé de esto antes porque estabas componiendo tu himno, que es lo más importante del mundo. Mi sobrino quiere casarse con ella. Es de regia estirpe y por tanto no puede oponérsele la objeción de la disparidad de condiciones. Mas como Vinicio es un verdadero soldado, suspira, gime, se consume, pero espera, firme en su puesto, el permiso de su Emperador.

— El César no elige las mujeres de sus soldados. ¿Para qué, pues, mi autorización?

— Ya he dicho, señor, que te adora...

— Razón demás para que pueda contar con mi aquiescencia.

Es una muchacha graciosa. Popea la acusó de haber hechizado á nuestra hija.

— Y yo demostré á Tigelino que sobre los dioses no tiene acción la magia. ¿Te acuerdas, divino, de como se turbó al decirle esto? Tú mismo exclamaste: ¡Habet!

— Sí, me acuerdo. Y, ¿es cierto que la amas como dice Petronio? — preguntó Nerón á Vinicio.

— Sí, César; la amo con delirio.

— Pues te ordeno que mañana partas para Roma, te cases con ella y no vuelvas á presentarte ante mí sin el anillo nupcial.

— Con todo mi corazón te doy las gracias.

— ¡Cuán agradable es hacer el bien! Quisiera no tener otra ocupación en la vida...

— Concédenos otra merced ¡oh, César! — añadió Petronio. — Manifiesta tu decisión en presencia de Popea. Vinicio no se atrevería á casarse con una mujer que no fuera del agrado de la Augusta. Y tú, con una sola palabra disiparás cualquiera prevención que contra Ligia pudiera aquella tener.

— Lo haré — contestó Nerón. — Á ti y á Vinicio nada os puedo negar.

Dicho esto entró de nuevo en el palacio seguido de Petronio y del tribuno que estaban alborozados por el éxito de sus gestiones. En el atrio, Nerva el joven y Tulio Senección platicaban con Popea mientras Diodoro y Terpnos acordaban las cítaras.

Nerón se sentó en una silla con incrustaciones de nácar y deslizó algunas palabras en el oído de un mocito griego.

Salió éste, pero á los pocos minutos estuvo de vuelta con un cofrecillo de oro. Abriólo Nerón, y, sacando de él un collar de ópalos de gran tamaño, dijo:

— He aquí una joya digna de una velada como ésta.

— Brilla como la aurora — exclamó Popea bien convencida de que era para ella.

Nerón daba vueltas entre sus manos á las irisadas piedras.

— Vinicio — dijo — ofrecerás de mi parte este collar á la princesa Ligia, con la cual he ordenado que te cases.

Sobrecogida Popea por estas palabras, miró primero al César, luego á Vinicio y por último á Petronio. Este, apoyado el codo en el respaldo de una silla, acariciaba con la mano el armazón de un arpa, como si quisiera estudiar su curvatura. Vinicio, después de haber dado las gracias á Nerón, se acercó á su tío y le dijo:

—¿Cómo podré pagarte lo que has hecho hoy por mí?
—Llevando en ofrenda á Euterpe una pareja de cisnes, extasiándote ante el canto del César y burlándote de los presentimientos. Espero que en lo sucesivo el rugido de los leones no turbará tu sueño, ni el de tu blanca azucena.

—No, no. Ahora estoy completamente tranquilo.

—Que os proteja la Fortuna... Observa: el César coge de nuevo la citara. Contén el aliento, escucha con atención y derrama cuantas lágrimas puedas.

Nerón, en efecto, con la citara en la mano, tenía puestos los ojos en el techo. En la sala reinaba el más profundo silencio. Los oyentes, por su inmovilidad, parecían de piedra. Terpnos y Diodoro cambiaban miradas de inteligencia, pendientes de los labios del cantor, esperando las primeras notas de su voz para acompañarle.

De repente se oyó estruendo de voces en el vestibulo y aparecieron el liberto Faonte y el cónsul Lecanio. Nerón frunció el ceño.

—¡Perdona, divino César!—dijo el primero, con voz anhelosa—Roma está ardiendo. Una gran parte de la Ciudad es ya pasto de las llamas.

Todos los circunstantes se levantaron. Nerón depuso la citara y exclamó:

—¡Oh, dioses!... ¡Podré ver al fin el incendio de una ciudad y terminar mi *Toma de Troya!*

Y, dirigiéndose al cónsul, le preguntó:

—Si parto inmediatamente ¿llegaré á tiempo?

—¡Señor!—contestó el cónsul, blanco como el mármol de la pared—¡la Ciudad está convertida en un océano de fuego! El humo ahoga á los habitantes, que caen asfixiados, ó, locos de terror, se arrojan á las llamas. ¡Roma perece, señor!

Sucedió á estas palabras un silencio sepulcral. De improviso se oyó la voz de Vinicio:

—¡Ay, desdichado de mí!—gritó.

Y, arrojando la toga, cubierto sólo con la túnica, huyó del palacio.

Nerón, levantando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Malaventurada, sacrosanta ciudad de Priamo!

VI

Vinicio, apenas hubo ordenado á algunos de sus esclavos que le siguieran, montó á caballo y se lanzó á galope tendido por las desiertas calles de Ancio y por la ribera, en dirección á Laurento. La terrible noticia le había puesto fuera de sí, frenético, delirante; presa de alucinaciones, creía llevar á la grupa al genio del mal en forma de horrible furia que le gritaba al oído: «Roma está ardiendo» y, fustigándole á él y al caballo, les precipitaba hacia aquel espantoso incendio. Casi tendido sobre la crin, con la cabeza descubierta, corría vertiginosamente, sin cuidarse de evitar los obstáculos contra los cuales hubiera podido estrellarse. En la calma solemne de la noche, caballo y caballero, iluminados por la luz de la luna, pasaban como un fantasma.

El corcel idumeo, disparado cual flecha, hacia saltar chispas de las losas del camino al herirlas con sus herraduras y despertaba á los perros de las quintas, los cuales acompañaban á la extraña visión con sus ladridos, aullando después á la luna. Los esclavos iban en peores monturas y muy pronto quedaron rezagados. Pasó Vinicio como una exhalación por Laurento y se dirigió hacia Ardea, donde, lo mismo que en Aricia, Bovila y Ustrino, tenía caballos de repuesto para poderse trasladar con facilidad á Roma. Más allá de Ardea, observó que entre el Oriente y el Septentrión el cielo presentaba un aspecto tenue-mente rojizo. Podía muy bien ser la primera luz del día, porque estando á la sazón en el mes de Julio alboreaba temprano. Pero del pecho del tribuno se escapó un rugido de cólera y de ansia, pues no dudó que aquel resplandor era del incendio. Viniéronle á la memoria las palabras de Lecanio: «La Ciudad está convertida en un océano de fuego.» Y fué tal su desesperación que temió volverse loco, desconfiando de salvar á Liguria y aún de llegar antes que Roma estuviese convertida en un montón de brasas. Sucedianse rápidos en su mente los pensamientos, como bandadas de pájaros negros, horrendos y monstruosos. Aunque ignorase qué parte de la Ciudad ardía, estaba bien convencido de que era pasto de las llamas el Transtevere con sus casucas